

esquirla





1. Todo en ti me aterra. Me aterra el cariz de tus propuestas, tu vertiginosa conducta, lo tenebroso de tu origen; me aterra tu mero recuerdo, la mención de tu nombre, ¡mi dolorosa Esquir!a!, lo vago de tu presencia y, en cambio, lo innegable de tu existencia.

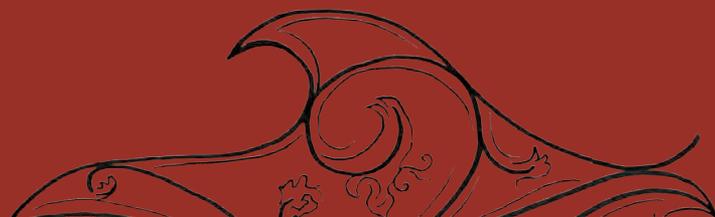
Me aterra especialmente el vestigio de tu huella en el camino, lo cóncavo de tus zapatos deformados, el relieve de las costillas en tus vestidos, el declive en las almohadas de tu camastro.

Me aterra tu voz de araña gigante trepando por la caverna de tu boca, la pátina de escamas plateadas en tus labios, la ingravidez de tus cabellos cuando te abismas en los arrecifes donde pena Kasper Kristensen, el Ahogado Distante.

Todo en ti me aterra; pero a tu memoria me aferro, y a tus brazos de hielo, y a los jirones de carne de tus pies deshilachados, y a tus quebradas caderas cinceladas como el ancla del “Endurance” hundido en el Antártico. A ti, mi turbadora Esquir!a, al recuerdo de tu estructura de puente desplomado, me aferro.



2. Apareciste –odioso encuentro–, arrastrándote hasta mi jardín como un organismo ponzoñoso, como un grumo de carne desahuciada, como un resto de ser, reptando furtivamente entre la afilada hierba dorada de mi jardín. Enrollado en tus apéndices frondosos, donde hubieras debido tener los dedos, portabas el cadáver descompuesto y sucio de un córvido blanco. Y me lo regalaste, amarga Esquirla, tras haber regado el detestable presente con tus lágrimas de mercurio, tóxico llanto, secreción de perlas envenenadas.





3. Me hallaste en mi más desgraciada hora, recuérdalo Esquirla, junto al pozo del Resentimiento, retozando con mi juego de tijeras oxidadas. No necesitaba más, pero me ofreciste tres deseos, y por tres veces deseé tu Muerte. Mas era una oferta falaz pues bien conocías, desde hacía mil años, mis legítimos deseos. Y allí mismo, ante mis tímidos, mis sollozantes ojos, interpretaste, de un modo que no he de contar y que nunca, ¡nunca olvidaré!, tu horrible Muerte representada en tres actos. Maldita farsa, estéril deseo; tú no morirás nunca.

Luego, tras las emociones vertidas en aquel deplorable pasatiempo, grabaste signos incomprensibles en el anverso de mi antebrazo izquierdo con las uñas metálicas de tu mano artificial; signos incomprensibles para todos salvo para mí que, al leerlos, hube de reprimir en más de mil ocasiones el colérico impulso de arder en el azufre de tu lengua, de morder lo exorbitado de tus ojos, de sangrar hasta calmar el lúbrico anhelo de tu piel sedienta.





4. Durante los arrebatos aprendí a sujetar con firmeza tu larga trenza, a contener los movimientos convulsos de tu cabeza. Aproximando mi cara a la tuya, con cautela, te besaba como tratando de arrancarte los dientes. Si alguna vez hubieses llegado a advertir en mí el tinte de la Pasión que me impulsaba habría perdido, sin remisión, la carne de mi rostro. A la conclusión del ridículo ejercicio –macabro cortejo–, posaba mi mano izquierda sobre tu pecho traslúcido y esperaba, pacientemente, a que el color azabache de tu corazón virase a un tono verde azulado, a que la asfixia de tus agallas recobrase el aliento, a que se evaporasen los humores exudados. Nunca te apacigüé.





5. –Nos hemos perdido, querida –dije aquella vez, durante nuestro inaugural paseo de enamorados–; no son estas las calles por donde vinimos, ni recuerdo aquellos fantasmagóricos torsos de androides desmembrados.

–Nos habríamos perdido si hubiésemos venido juntos, hermoso señor –restalló tu voz cobriza en mi oído–, pero yo siempre estuve aquí, degustando el ácido deleite que me ofrecía la contemplación de tu dramático extravío.

Y entonces estallaste en una risa de alocada, de vieja niña idiota, infectando mis heridas con la toxina de la humillación.